

Sección 4

Problemas pedagógicos

Esc.
de Padres
PM

LAB. 4
010

CULPAS, MARIONETAS Y SATELITES ARTIFICIALES

- Mamá ¿qué es un espíritu?
(La mamá no responde).
- Tú no sabes, y yo sí sé lo que es un espíritu...
- Un espíritu es un espíritu...
- Pero, ¿son buenos los espíritus?
- Son buenos con los niños buenos y malos con los niños malos.



Unas conversaciones familiares

Hemos podido oír esta conversación en la película "El espíritu de la colmena", de Víctor Erice, que se ha estado proyectando en nuestras pantallas. Cuando la niña pregunta a su madre qué son los espíritus, lo que le interesa realmente no es lo que son, sino cómo se comportan: si son buenos o malos. No hay que observar mucho a los niños pequeños para caer en la cuenta de que dividen a las personas, a los animales y a las cosas en esos dos grupos irreconciliables. Como en las películas de vaqueros. Una mesa es mala si ha tropezado con ella y papá es bueno si acaba de traer de regalo una bolsa de caramelos.

No vamos a discutir aquí por qué es esto así. Lo que sí vamos a hacer es un intento de presentar la utilización que los adultos hacen de esta división infantil del mundo en dos frentes de batalla: los buenos y los malos.

Escuchemos algunas conversaciones familiares:

El niño está de malas. Lloro por cualquier cosa. No quiere comer. Tira un cenicero: "¡Eres un niño malo! ¡No te quiero!" El niño, triste y casi llorando, se retira al rincón y se aparta de los otros.

Esta situación no es muy difícil de encontrar diariamente en cualquier hogar que conozcamos. Y tampoco su sentido parece difícil de ser aclarado. Este "no te quiero" del padre revela una relación ambigua entre el adulto y el niño. El padre convierte a su hijo en emisor de cariño, simpatía y reconocimiento, y cuando esto no sucede, porque el niño está cansado, de mal humor o harto del juego a que le someten los adultos, y deja de aparecer simpático, "rico", y apatecible — "¡Te comería!" — entonces, es sometido a la condena fatal: ojos airados, rostro tenso, voz alta: "¡No te quiero, eres un niño malo!" El niño, que no es de piedra, se siente arrojado a la puerta del mundo donde él sitúa al Coco, al Mantequero, al Moro o a la Vieja del saco, según las peculiaridades regionales. Es decir, donde él coloca todo lo que le resulta dañino, molesto y desagradable. El niño entonces, se siente "malo", acusado y, por tanto, culpable.

El sistema de la condena es utilizado también por los padres como moneda de cambio. "Si eres bueno, te compro un regalo", "si eres malo te vas ahora mismo a la cama". El niño se acostumbra así a obrar de una manera esperando la gratificación de la recompensa o a olvidarse de la barrabasada de turno para librarse del castigo consiguiente. De lo que quizá el adulto no se da cuenta es de que está acostumbrando al niño a regir su conducta según un criterio comercial: esto lo hago porque recibo aquello otro a cambio o dejo de hacerlo porque no tengo ganas de que me castiguen. Uno se pregunta muchas veces si esta costumbre que tenemos los adultos de regir nuestras acciones según la ley de "correspondencia" no la hemos heredado de aquellos hábitos infantiles. Porque todavía oímos en nuestras casas que aquella persona es la que está "obligada" con nosotros, que le "debemos" un favor a Fulanito o que el regalo de cumpleaños para Menganita ha de ser al menos de mil pesetas, porque ese fue el importe del que recibí de ella el año pasado.

De todos modos, el tormento que podemos emplear con nuestros hijos puede ser todavía más sutil:

"¡Eres malo!" El niño se retira llorando al rincón. Entonces, la madre se acerca y se muestra en extremo cariñosa... Curiosa transformación: de juez severo y castigador a madre llena de cariño y misericordia. Primero hace que el niño se sienta responsable de una mala acción, provoca su sentimiento de culpa y crea en él un estado de dolor y

automartirio. Después, cuando ya el niño se siente solo y culpable, le ofrece el perdón y el cariño como muestra de generosidad y, en el fondo, buscando su agradecimiento. Primero le hierde y luego se presenta como única medicina.

El profesor y el egoísmo de los niños

Pero no pensemos que esto es un privilegio de la familia. También ocurren estas cosas en las escuelas. El profesor, ante el poco trabajo de los alumnos o su mala conducta en clase, recurre, en un discurso atildado, a los grandes principios, al sacrificio de los demás (ante el cual sacrificio el niño responde siempre con su acostumbrado egoísmo), etc., etc. El niño, si es que previamente no ha descubierto el juego, se siente culpable, baja los ojos y, aunque esto último es sumamente improbable, hace su propósito de enmienda.

Y cuando la desobediencia o la conducta casquivana del niño contradice, según dice el maestro, los mandatos divinos, llegamos a la apoteosis de la utilización de la culpabilidad. Dios y los poderes celestes son invocados para que nuestras razones y sinrazones sean llevados a la práctica. Nuestra debilidad se disfraza de omnipotencia celeste. De tal modo hemos sido vapuleados con este tipo de razonamiento que la relación pecado-culpa-castigo se ha vuelto tan nuestra como el esqueleto y los músculos que nos sostienen. En este sentido, muchas instituciones religiosas tienen la responsabilidad — tendríamos que decir, para ponernos solemnes, histórica — de haber echado al mundo generaciones enteras de eternos culpables.

Bien es verdad que lo que queda dicho es un tanto exagerado. Recuerda un poco aquellos cuadros de almas en pena que muchos tuvimos en las aulas donde se nos explicaban los límites de España y las verdades de Astete-Ripalda. De todos modos, no será inútil que nos preguntemos qué es eso de sentirse culpable y si de verdad no estamos muchas veces utilizando este mecanismo de la culpa (si bien es verdad que inconscientemente) para hacer que los demás se enreden en nuestras propias intenciones y deseos. Porque lo que creemos descubrir en los casos que antes hemos relatado brevemente es eso. Cuando el padre castiga al niño y lo vuelve al buen camino situándolo previamente en el bando de los malos; cuando el profesor recurre a los grandes principios y a la oratoria grandilocuente; y cuando el investido del don de profecía recurre al mundo celeste para convencer a la gente de que haga lo que a él le viene en gana, nos encontramos ante una misma situación: se está utilizando la facilidad que tienen las personas para sentirse culpables como medio de control.

Los niños, sus padres y las culpas

¿Por qué el niño, cuando es situado por su padre en el mundo de los malos se entristece y llora? ¿De dónde surge esa angustia infantil? ¿Qué es eso de sentirse "malo", culpable?

Es de todos sabido que el crecimiento interior del niño, el progreso y asentamiento de su psicología se realiza en relación estrecha con sus padres. Los padres tienen un papel fundamental en la creciente independencia que el niño ha de conseguir para transformarse, en último término, en adulto. Llega un momento, en opinión de los psicólogos, que el niño se identifica de tal modo con su padre

(1) Utilizando otra terminología, habría que decir que, al resolverse el Edipo, el niño asimila la imagen paterna en forma de Superyo.



que interioriza, hace suya la imagen del padre, como metiéndola dentro de sí mismo (1). Hace suyas sus opiniones, su modo de ver las cosas, y sobre todo, su opinión sobre lo que es bueno y lo que es malo. Entonces, el niño obra bien, es decir, hace lo que él considera bueno porque de ese modo reafirma su unidad y su identificación con su padre. Obrando bien se siente unido a la familia, que es el grupo que le da vida.

Intentemos comprender este mecanismo, aunque tenga una cierta complejidad, porque nos abrirá la puerta para entender la culpa y el papel que puede jugar en la evolución del niño. Repitámoslo. Cuando el niño hace algo que su padre califica de "malo", el niño se siente separado radicalmente de su padre y de todo el grupo familiar, porque ha roto esa unión interior que tiene con su progenitor haciendo algo que su padre juzga impropio de él y malo. Entonces surge ese sentimiento, mezcla de tristeza, miedo, angustia y deseo de ser castigado, que llamamos sentimiento de culpabilidad, culpa. Hasta aquí, lo que normalmen-

te ocurre. Lo que ya no es tan normal es que, inconscientemente las más de las veces, los adultos utilicen ese sentimiento para controlar a los niños. Y cuando decimos adultos nos referimos a todos aquellos que mantienen una relación de "superioridad" con el niño.

Veámoslo detenidamente. Un grupo social puede controlar a sus miembros de dos modos: con normas exteriores, leyes cuyo cumplimiento es urgido por la autoridad, y con normas interiores que todo miembro de ese grupo ha de cumplir si, también interiormente, quiere sentirse unido a él. Y ahí radica la trampa. Porque si un adulto — padre o maestro — sabe que una condición indispensable para sentirse a gusto es el formar realmente parte de un grupo, puede forzar a que un individuo — el niño en este caso — haga lo que a él — el adulto — le parezca oportuno haciéndole sentir que, si no lo hace, es culpado de transgredir normas fundamentales del grupo. Es decir, haciéndole sentirse culpable. Espléndido modo de controlar a la gente: no se trata de conducir a las personas a la fuerza por

el camino que uno quiere, que eso se nota demasiado, sino de meterles en la cabeza que, si no van por ahí, su vida se separa de la de los demás, pierde sentido y es arrojado a las tinieblas de la soledad y la culpa.

No discutimos aquí la función real que los sentimientos de culpabilidad pueden jugar como señal de aviso de la pertenencia al grupo, sino de cierta utilización chantajista que puede hacerse de ellos.

Resumiendo: los sentimientos de culpabilidad del niño pueden ser utilizados y lo son de hecho, para controlar desde dentro su conducta. Quisiéramos hacer un esfuerzo para convencer de que no estamos narrando una aventura de ciencia-ficción. Creemos estar aclarando algo que pasa, algo que sucede. Y algo que, como hemos repetido, no es privilegio familiar.

Un control a distancia

A veces toda una etapa de la Historia ha utilizado masivamente el procedimiento que hemos descrito. Pensemos, por ejemplo, en cómo se ha enfrentado y se sigue enfrentando el problema de la sexualidad.

El niño siente desde edad temprana impulsos sexuales. La sociedad, a través de la familia, debe hacer ver y sentir al niño que esos impulsos sexuales son malos. Pero el niño es incapaz de dejar de sentir esos impulsos. Seguirá sintiéndolos quiera o no quiera. La conclusión es que el niño se siente cada vez más culpable. Con esto se consigue una auténtica debilitación de su voluntad y un quebranto de su fortaleza. Se le hace ver de esa manera que su deuda frente al grupo es constante. Se le convierte en un culpable irredento y se le fuerza, en virtud de las normas del grupo, a proseguir un modo de conducta que favorece unos intereses — los del grupo — ajenos muchas veces al verdadero desarrollo del niño.

¿No es esto acaso lo que los adultos de hoy experimentaron en su niñez? Un sistema de control a larga distancia a base de la provocación de los sentimientos de culpa.

Y quien queda enlazado a esa cadena difícilmente sale de ella. El individuo se siente culpable por sus transgresiones ante la autoridad. La autoridad otorga su perdón y el individuo, agradecido, multiplica su dependencia. Con todo lo cual, lo que podemos conseguir es bien triste: personas que caminan por la vida incapaces para ser verdaderamente autónomas, unidas enfermizamente a las otras personas, a los grupos y a sus propios fantasmas interiores. Por eso, cuando muchas veces el niño está insoportable, no hace más que llorar y está incapacitado para dejar vivir a sus padres soportablemente, lo único que está ha-

ciendo es rebelarse contra el juego a que ha sido sometido. Todo esto que hemos narrado recuerda un poco los tejidos enfermos que se descubren en una operación quirúrgica. Pero, ¿cómo es el individuo sano? ¿Cómo pueden ser las cosas de otra manera?

Cuando se puede respirar

Uno siente a veces, al entrar en las casas de algunas familias, lo mismo que el ciudadano que, después de conducir una hora por la ciudad aspira el aire sano de los pinos. Siente uno como si la respiración ya fuera posible. Y esto ocurre porque en esas casas a los niños no se les vende ni se les compra nada, ni se les controla a distancia como a las armas supermodernas. Se les deja vivir.

Y cuando uno lo ve así, de cerca, se da cuenta de que no es tan difícil. Se da cuenta de que sólo se trata de establecer, ya con el niño, una relación de madurez. Ese tipo de relación que mantenemos con las personas adultas a las que respetamos. A esas personas las escuchamos, oímos sus razones y exponemos, con respeto, las nuestras.

Se trata de no comprar ni vender nada al niño. Se trata de no amenazarles con arrojarlos al mundo de los malos. De lo que se trata es de ayudarles a que sean cada vez más suyos sin que por eso sean cada vez más egoístas, es decir, de conseguir que el niño sea cada vez más autónomo, menos necesitado enfermizamente de los demás, para que sea capaz de establecer una relación clara, desde la seguridad, desinteresada, autónoma, en una palabra, con las otras personas. Y para ello es necesario ofrecer alternativas.

Frente a la compra-venta del cariño busquemos una relación sincera con el niño. Si en un momento o un período no se muestra gracioso ni siquiera agradable, respetémosle. No exijamos de él lo que no somos capaces de dar nosotros ni de exigir a los demás. Que el niño también — que no sólo las jovencitas “progre” de buena familia — tiene sus tardes “bajas”.

Frente a la división del mundo en buenos y malos ayudemos a entender al niño que esas divisiones sólo se dan en el mundo de los colores, que lo que es blanco no es negro. Para buenos y malos ya estamos bien surtidos con las películas de vaqueros y las de alemanes.

Frente a la utilización de los sentimientos de culpabilidad como sistema de control a distancia, ofrezcamos al niño, cuanto más crezca más profundamente, una reflexión serena sobre los motivos por los que está bien o mal obrar. No intentemos dirigir desde fuera. Que para controles a distancia ya está bien con las marionetas y los satélites artificiales.

ANTONIO LEON MOLINA

ACTIVIDADES PARA LA ESCUELA DE PADRES

04: Encuesta

Elaborar una encuesta para que la respondan los componentes del grupo.

Se intenta explorar:

1. Faltas, incorrecciones que cometen los hijos en las distintas edades.
2. Reacciones típicas de los padres ante esas faltas. Su motivación:
3. Valoración de la posible culpabilidad de esas faltas.
4. Sugerencias sobre actitudes correctas ante lo que llamamos “faltas” de los hijos.